

*¿En que aspectos por ejemplo?*

En el orden administrativo, financiero, la situación legal de la tierra, en fin, hay por lo menos 20 a 25 artículos que hay que modificar; algunos de fondo otros no tanto.

*Con respecto a los conflictos generados por la construcción de una segunda central hidroeléctrica, en Ralco Lepoy lo escuchamos decir que sino se soluciona esto, ¿para qué existe Conadi? ¿para qué existe la ley? Es decir, con esto se está viendo si funciona o no la ley, y lo que los indígenas pidieron... ¿podría contarnos un poco más respecto de su posición? ¿Hasta qué punto la ley se va hacer respetar para resolver los conflictos que hoy día viven diferentes comunidades?*

Yo creo que tiene que ver un poco con lo que tú decías respecto al peso relativo que tiene la Conadi. Este organismo está respaldado por ley, y la ley nos obliga a actuar en defensa de los intereses de las comunidades indígenas. Pero en este mundo —y en eso no hay que ser ingenuos— se imprime por un lado el texto de una ley, y por otro no siempre se respeta cuando hay intereses de otro tipo, como son en este caso los económicos. En ese sentido la ley necesita ser defendida, y la Conadi va a hacer todo lo que esté a su alcance para ello —eso lo tenemos muy claro, y estamos dispuestos a asumir los riesgos que puede significar— pero si nuevamente el movimiento indígena se cruza de brazos, la Conadi no va a poder resistir por mucho tiempo las embestidas, especialmente del sector empresarial, porque este poder es muy fuerte, y en ese sentido se pone en juego lo que significa la ley. Es decir, si la ley se aplica tal cual está, el proyecto de una nueva central hidroeléctrica en el Alto Bio Bio no podría ser posible, pero ya sabemos que pueden haber presiones de diversa índole que pueden de alguna manera incidir en que se construya igual. Ante eso se pone en juego si es que la ley va a ser respetada o no y por supuesto la Conadi está para hacerla respetar hasta donde lleguen sus fuerzas.

*Por último, el cambio de ministro en MIDEPLAN va a traer algún cambio al interior de Conadi ¿qué cree usted?*

Eso habría que preguntárselo al ministro. □

Ancán, José 1997.— «Los cantaros de la memoria. Un personal acercamiento al universo mapuche de la arcilla».- En: *Liwen* N° 4, Junio 1997.- Temuco: Centro de Estudios y Documentación Mapuche Liwen, pp.119 -128.

## LOS CANTAROS DE LA MEMORIA

### Un personal acercamiento al universo mapuche de la arcilla

José Ancán Jara  
a Rosa Curihuentro C. & Juan Calfin P.

#### TRIG METAWE

*Dewma afmekey  
Tüfachi kelü metawe  
trigy dewma.  
Mapumew umgtuay,  
kiñe antü  
ka wüdüfe  
dewmatuaeyew*

#### CANTARO TRIZADO

*Ya se está acabando  
este cántaro  
rojo.  
Ya se ha trizado  
y dormirá  
entre las cosas de  
la tierra,  
hasta que un día  
otro alfarero  
lo reconstruya.*

L. Lienlaf, 1990: 110-11



Una tarde de verano —hace ya de esto varios años— sentado junto al fogón sempiterno de su ruka, mi anciano malle Juan Calfin Paillamán, sabio *weupife* de la comunidad de Huilto Pindaco, me expresó a su modo, la alegría y agradecimiento por la visita que yo hacía a su «puebla». Como debe ser en toda relación mediada por el parentesco y el cariño, conversamos largo, acerca de muchas cosas de mutuo interés. Como dos viejos conocidos instalados alrededor del mate inagotable, cebado por la mano silenciosa y complaciente de su esposa, fueron los temas recurrentes de aquel encuentro, entre tantos otros, la familia, las constantes estrecheces económicas de la existencia campesina, y lo cambiada que está la vida hoy en día en comparación con sus años mozos.



Casi al caer la noche, y sin mediar mayor introducción, rubricó sus sentimientos a la manera Mapuche. Cantó en mi homenaje un antiguo *ul* (canto vocal) que evocaba la historia de un largo viaje a la Argentina, realizado por un pariente común hacía muchas décadas atrás. Aquella canción, hablaba de las proezas y avatares de un hombre simple de otra época, un viajero que en sus andanzas, venturas y desventuras, no hizo otra cosa más que repetir un estilo de vida propio y usual para los Mapuche de otros tiempos.

Aunque ignorante absoluto, en aquel instante, de los códigos básicos del Idioma de la Tierra, recuerdo que por un extraño mecanismo, —mágico dirán algunos— pude llegar a entender con los años, parte importante del sentimiento y del mensaje que encerraba en aquel canto espléndido. Aquel sonido, expresión de toda la galanura y elocuencia enorme de lo realmente verdadero, impregnaron, desde la simpleza de lo aparentemente efímero, para siempre mi memoria y mi entender. De seguro, fue por eso que aquella melodía —escuchada con la inocencia de lo nuevo— quedó rondando en mi cabeza, cual lugar común. Incitados por semejante sortilegio, los signos ausentes del código ancestral comenzaron de pronto a recuperar su habla.

«¡Sí, tú eres parte de Nosotros!», fue quizás la clave más valiosa que escondieron esos versos rotundos. Esa intención inequívoca, parecí entrever en la secreta fuerza que brotó aquella vez, de la voz ronca del viejo sabio Mapuche. A pesar de las circunstancias, del tiempo y todas las trampas tendidas a nuestro destino común; desde algún lugar extraviado de la memoria, me sentí convocado al origen, al *tuwvn*, concretizado y recreado constantemente desde entonces, en la gratuidad de cada encuentro con mi tío abuelo.

Sólo después de un buen tiempo, he llegado a tener un mínimo de respuestas a tantas preguntas, a tantas urgencias que desde aquel momento, gradualmente me fueron asaltando. Será por eso que, de tanto en tanto, a la manera de un exámen que nunca terminaré de aprobar por completo, pretendo interpelar —cual cita o epígrafe recurrente— por todos los poros de su inefabilidad, a la pequeña brecha que se terminó de abrir aquella tarde ya lejana.

Me conocían sin conocerme. El hijo «*ahuincado*» —pero Mapuche al fin— de uno de los tantos trashumantes que un día partieron de su *mapu* para tratar de «ser alguien» en la ciudad. Estrategia de doble faz, la apuesta consagrada de los migrantes rindió sus frutos en sus hijos nacidos en el cemento. Heredero directo de esa tradición, la educación adquirida con esfuerzo, me hizo entender «las

cosas de la civilización y del progreso». El laberinto urbano en cambio, desvió en la hostilidad de sus innumerables vericuetos, los tradicionales pareceres y el pausado fluir del ritmo campesino. Cual eslabones de una misma cadena, el olvido y la negación de los otros, vaciaron su carga en una existencia marcada por una oculta contradicción.

Acaso sucedáneo de algún designio nunca completamente esclarecido y después de la suma de engaños y del caminar por diversos senderos extraviados; el tiempo fragmentado finalmente cobró su precio y pidió su revancha. Vestidos con todas las carencias, con todos los vacíos, los saberes adquiridos demostraron entonces su insuficiencia, su fatuidad a la hora del recuento...

\*\*\*\*

Vino luego el regreso, desandando caminos recorridos por otras premuras que ahora con diferentes designios, eran también las mías. Me instalé paciente, de la mano generosa de mis mayores, a conjugar todos los verbos anteponiéndoles el prefijo *Re*. Como un niño vuelto a nacer, interrogué a la memoria, que desde entonces es mi *epistemología* privilegiada, la única posible. Pienso en ello siempre que escucho la voz serena de algún anciano. La memoria, aquel gran recipiente de la sabiduría de los viejos, tan olvidada a su suerte por las cuentas alegres de la modernidad, seguro ha moldeado con paciencia cada fibra del genuino y ancestral *Rakiduum* Mapuche, siempre reactualizado, siempre conectando en línea directa todo tiempo pasado con el aquí y ahora de sus interlocutores.

A pesar de mi suerte, no ha sido nada fácil el retorno. La conjugación adecuada, y solvente de esa ecuación con cara de eslogan de la tradición con la modernidad, precisa una actitud crítica para poder deshacerse del lastre inútil —no todo es desechable— de lo obtenido. Pretender la vuelta en gloria y majestad de un mítico «paraíso perdido», es empresa tan vana como quedarse en la anomia asfixiante. Será por esto que, muchas veces mis intenciones, que han oscilado entre el idealismo cándido y la racionalidad más analítica, han chocado de frente con una realidad constreñida por la incertidumbre de su futuro. La generosidad de algunos, depositada casi exclusivamente en los pocos sabios que van quedando, se ha visto enfrentada con el egoísmo, muchas veces disfrazado de «falso purismo», de otros.

Ciertamente, la diáspora Mapuche de nuestros tiempos ha demandado ingentes costos. Como las infinitas ramas de un inmen-



so árbol, que se han disparado en múltiples direcciones, para el reencuentro —me digo— ¿Qué otro recurso nos queda más que mirar todos hacia el tronco común del origen, depositado en la memoria?

No son siempre fáciles estos intentos. Ha sido necesario igualar las intenciones hablando siempre *con el corazón*, como me enseñaron desde el principio. Pese a todo, a veces, constreñido tal vez por el ritmo citadino, se me confunde o me confunden el camino, creyendo que mis inquietudes son las mismas del etnógrafo, que interroga con ansias desde la comodidad de su *otredad*, desprovista de paradoja. Como meros comprobadores de hipótesis de escritorio, a veces hemos creído que nuestra cultura y nuestra gente mayor, son simples recipientes de un simbolismo mudo...

Quizás por eso, condicionado por ajenas convicciones, presumo al principio encontrar en la sencilla objetualidad todas las respuestas. Las cosas, por sí solas nada dicen, tardo un tiempo en comprender... ellas, aunque deterioradas y enmohecidas, son tan sólo recipientes de saberes acumulados. Historia colectiva que reactualiza cada gesto cultural, situándolo dentro del círculo privilegiado de lo cercano y asequible. Es aquí, exclusivamente aquí, donde se cruzan todos los umbrales y todas las distancias se salvan...

\*\*\*\*

*Fvcha* Calfín, como todas las personas de su tiempo, no sabe la cantidad exacta de sus años; sí puede en cambio, traer al presente, cuando importa, las referencias más pormenorizadas de la biografía de algún finado prominente, antes que éste *vuelva a ser Tierra* en su *Eluwvn* (entierro). Su palabra, seña de su «buena cabeza», es su don máspreciado. Le fue conferido —según cuenta— por un *newen* heredado de sus antepasados. Por lo mismo está convencido que, al igual que aquel lejano día en que vino a este mundo; como riene que ser, cuando muera será también al amanecer. Sus años, que son muchos, casi tantos como los que lleva recorrido el siglo, no han afectado significativamente sus convicciones como para hacerlo dudar de su veracidad y solvencia. Todos los cambios, todos las victorias y derribes, que una tras otra se han sucedido en su entorno, afectándonos a todos (puede que hasta a nuestra propia búsqueda), han olímpicamente deslizado por su costado.

La gente de este lugar era viajera. Previo a la radicación, y hasta un tiempo después de ella, obtenían con creces de los animales lo que hoy la agricultura les niega. *Antes eramos ricos*, me repite cada tanto mi *malle*, con la callada dignidad de su actual pobreza, mien-

tras me cuenta con su recuerdo heredado, del último *malón* contra los chilenos. Cuando la derrota lo cambió todo, cercando las anchas perspectivas azules de los viajeros montados de otrora...

El viejo sabe lo que dice, pues el mismo alcanzó a ser parte de los resabios de aquella movilidad de antaño. Como comerciante de animales que era, en sus arreos de ganado cruzaba de par en par, gran parte de la Araucanía, lugares donde todos le conocían y respetaban.

Los *antiguos* viajaban seguido a la Argentina —la parte oriental del gran territorio Mapuche de entonces— y *por sueños iban ubicando la huella*, me repite... de aquí llevaban tejidos —las mujeres de Huilío eran diestras tejedoras— que allá cambiaban por animales. Un *chañuntuko* de color íntegramente negro; una de las prendas de mayor valor social para un hombre de a caballo, costaba lo que dos vaquillas.

Tras dos años, que era lo que comúnmente duraba la travesía, volvían a su *mapu*. En el trayecto se iban estableciendo relaciones y alianzas, cada viaje era también una forma de socialización. Toda vuelta era por eso una prueba. Debía ser exitosa, para así ganarse el respeto de la gente que antes medía el prestigio por el valor. Por eso algunos —los más audaces— en tiempos remotos, podían también conseguir las preciadas piedras azules que daban fortuna y también desgracia, ambos atributos siempre en unión, como todas las experiencias de la vida. Verdaderos signos de un honor antiguo, estos símbolos hoy son vistos tan sólo como cosas del «diablo». La fortuna mezquina de nuestros días ha igualado en similares privaciones a unos y otros...

\*\*\*\*

Así, un día de tantos, inmerso en esta suerte de segundo aprendizaje; perdida en un oscuro rincón en la «casa vieja» de la tía Rosa, entre otros tantos artefactos raídos por el uso, me detengo en una vieja vasija de greda resquebrajada por los años. Está llena de surcos, que son como las arrugas en el rostro de los ancianos. Averiguo por ella, es un viejo *Meshen*, tan antiguo como los más abuelos del lugar. A pesar de su desgaste, aún sirve para preparar *muday* en tiempo de *Nguillatún*, aunque en otras épocas también servía como depósito para el agua fresca que se sacaba de la vertiente.

Aquel gran cántaro, de formas inconfundibles —descubro—, tiene como todas las cosas de este mundo, su historia encerrada en sus vetustas paredes. Fue traído, igual que muchos desde otras tierras, de la mano de una mujer casadera llevada al lugar por algún *Weichafe*. Al final se quedó con su dueña por estos lados... desde la profunda simplicidad de sus formas, el cántaro habla por boca de mi



*Palü...*

Del lado de Kilako, Arenas Blancas o Weichawe, hacia el norte, camino a Imperial, —escucho— llegaron muchas mujeres a este sector. Los de aquí, viajeros insignes, iban a buscar compañeras a lejanos sectores. Los horizontes de los caballeros Mapuche de antaño se asemejaban al infinito en cada travesía. De algún lejano paraje siempre podía surgir un nuevo brote para la gran familia: un acuerdo de matrimonio. Cada vez que ello ocurría, las relaciones sociales se ponían en movimiento. Era necesario sellar la alianza con una justa retribución. Ir a buscar esposa a otras tierras no era asunto común y corriente, más que cuestión de dos, cada nuevo casamiento sellaba un pacto entre dos estirpes que se merecían.

Una vez consumado el acuerdo, según un protocolo implacable, la desposada —de acuerdo al prestigio de su linaje— llegaba a su nuevo hogar aperlada de abundante ajuar regalado por sus padres y parientes. En varias carretas, debían traer a la tierra de su marido, todas sus pertenencias: joyas, animales, sus cántaros también. Por una mujer *de buena familia* había que pagar más, para así sellar una alianza fructífera. Por un natural sentido de la retribución, la familia de la mujer le regalaba gran cantidad de artefactos de uso doméstico, mayor cantidad de trastos acarreaaba entonces ella en su traslado al nuevo hogar...

\*\*\*\*

Buena parte de las *kushe papay*, de mi propia familia vinieron del lado de Kilako. Algunas lo hicieron por matrimonio, otras, como muchas familias de la zona, llegaron huyendo del último *Malón* y especialmente de las represalias tomadas por los soldados chilenos en contra de los sectores Mapuche que tomaron parte en él en defensa de sus tierras. Los de Huilío no entraron al último *Malón*. Tal vez presintiendo la derrota, luego de un largo parlamento, decidieron realizar rogativas en dos lugares gemelos, escogidos por sus especiales poderes y características. Aquellos *Nguillatun* tuvieron —dice la gente— la capacidad de detener la guerra e inaugurar un pacto que perdura hasta ahora.

La gente de la zona de Kilako, perteneciente en aquellos tiempos a la jurisdicción de Boroa, participó en cambio activamente en aquella última empresa bélica Mapuche, y por ello fueron rudamente castigados, incendiadas sus casas y sembrados, asesinadas muchas personas. Una abuela de mi familia, fallecida hace algunos años con mucho más de 100 años auestas, había nacido por aquellas tierras. De vez en cuando, ella rememoraba las imágenes terribles del *Kulán*,

aquel gran incendio y destrucción, provocado por el ejército «pacificador de la Araucanía», que quedaron grabadas en su mente desde los años de su infancia.

Hoy día, ya no están aquellos ancianos —como la abuelita Juana— que eran capaces de remontarse en el registro de sus propias vivencias, al *tiempo de los antiguos*. Implacable el devenir, convirtió en reminiscencia fraccionada los relatos cargados de legítima y palpable historia de aquellos «libros parlantes». Poderosos influjos, todavía traslucen sus nombres e historias, junto con los «cantaros trizados» que quedan en varios de los que fueron sus hogares.

Así como las tierras de Huilío, eran famosas por la gran cantidad de animales que pastaban en sus campos, las de Kilako y los otros lugares aledaños, se consagraron desde antaño como productoras de diferentes artefactos de barro. En aquellos lugares estaban las *Wudufe* más reputadas. Las condiciones del paisaje hicieron que allí floreciera, como cosa natural, el arte del barro. Aquellos sitios, ubicados a pocos kilómetros, eran parte de un mismo espacio. Comunicados por los naturales mecanismos que otorgan los lazos familiares y la mutua dependencia en el abastecimiento de sus respectivas producciones. Las tierras de Huilío eran un sitio privilegiado para la comercialización de los artefactos de arcilla de Kilako.

La alfarería, como la textilería, es arte de mujeres, siempre mujeres. En estas cosas son ellas las que tienen el poder y la palabra. Ellas confeccionaban los objetos dándoles toda su impronta. Toda su identidad recreada e innovada a cada tanto, se plasmaba en cada sutil curva instituida en la plasticidad infinita de la arcilla. Luego los cacharros eran comercializados por sus hombres. Caravanas de carretas, preparadas con tiempo y dedicación, recorrían los campos del contorno, ofreciendo la fina mercancía.

Largos meses duraban estas giras comerciales, de las que los negociantes de cántaros regresaban a sus tierras con su carga de trastos de greda convertida en dinero o en productos diversos, transados al valor de un buen trueque. En ambos casos lo más probable era que la operación se haya traducido en relaciones sociales que sellaban así cualquier tratativa, por muy complicada que esta fuera. La economía Mapuche tradicional se expresaba así en un ejercicio concreto de mixtura entre lo económico con lo social y político.

Epoca privilegiada para este «mercado del barro», era el tiempo de las cosechas, o para la abundancia de animales, que podía coincidir con algún viajero recién llegado del otro lado de la cordillera. Los Mapuche de Huilío eran clientes asiduos de estas transaccio-



nes. Doscientos pesos antiguos o un *chaiwe* (unos 20 kilos de trigo) costaba un *Meshen*, cuenta una *Papay*; que comprensiva como todos los viejos con mis inquietudes de conocer las cosas de antes, una tarde decide obsequiarme una vasija quebrada. Ya no tiene utilidad posible aunque se quiera. Su antigüedad, que se confunde con el recuerdo de la anciana mujer, la han terminado por vencer y en silencio espera su muerte. El cariño que impregna de sentido su gesto, súbitamente se materializa en la patina herrumbrosa y calma del *metawe* regalado.

Mediatizado por ella, creo, por un momento, entrever una pequeña parte de su significado...

Ella pretende reemplazar la vasija rota, pero hoy son pocas las opciones para hacerlo. Ya no vienen los comerciantes de Kilako en sus giras comerciales. Se terminaron las maestras *Wudufe* de esos lugares sin dejar herederas visibles de su oficio —afirma con un dejo de resignación—.... en las erosionadas tierras de Kilako y sus alrededores, ya no queda más que el recuerdo del tradicional arte alfarero. Los habitantes actuales de aquellos rumbos parecen haber optado por otros caminos, alejados de lo propio...

Al observar a mi anciana pariente, no puedo dejar de pensar en lo que ya no existe, en todo lo que se ha perdido y no se ha renovado, y me desconcierto... Más aún cuando reflexiono en el futuro, en el acaecer inexorable, cuando ya no estén más mis ancianas, acompañando mis soledades, y mis opciones.

No es casual que el olvido y la precariedad, ataquen con extrema dureza los oficios delicados, los creadores de artefactos capaces de dialogar con la naturaleza. Las artistas que amasaban con maternal sutileza la esencia del ser Mapuche, combinando con sapiencia los elementos conjugados en su proceso creativo: Tierra, Agua y Fuego, fueron las mas vulnerables a los cambios forzados.

La arcilla fértil que acompañaba inclusive a los muertos en su última travesía, ya casi no encuentra manos que sean capaces de moldear con paciencia los cántaros de la memoria. Esos mismos que a veces brotan sin quererlo, de antiguos cementerios, como silenciosos testigos, en sus formas y texturas, de tiempos pretéritos y lejanos. Las manos femeninas, sutiles hacedoras de la gracilidad de vasijas incontables, parecen haberse fugado despavoridas hacia destinos más ciertos, dejando interrumpidos los mensajes recónditos, escritos con docilidad en cada pliegue del barro.

\*\*\*\*

Hoy en día, parece ser sólo cada cuatro años —el ciclo ritual—, cuando todos los antiguos *Meshen* y la totalidad de los recipiente moldeados que aún se encuentran en uso, parecen desafiar al tiempo y salen de las penumbras para ser llenados de abundante y generoso *Muday*. En el gran espacio del *Nguillatún*, el ritual mayor, conviven personas, y símbolos en un consciente acuerdo. En el lugar central del encuentro, se disponen y se mezclan en ordenadas graciosas filas, legendarios *metawe*, heredados de generación en generación, con las nuevas formas, casi siempre adquiridas fuera de los contextos tradicionales. Es en la liturgia propia, en donde en uno de los pocos sitios socialmente sancionados, la tradición se burla de sus mutaciones y exige su protagonismo.

Pero la supremacía del ceremonial y sus códigos rotundos son efímeros. La tan mentada «modernidad», que a retazos a llegado a los empobrecidos campos Mapuche, como parte de su asonada, ha reemplazado al barro de antaño por el plástico y el aluminio, adquiridos a un bajo precio en el comercio de la ciudad. Los «utensilios de cocina» Mapuche de hoy, restringidos por las propias necesidades y la premura de las actuales carencias, ya no conocen viejos nombres y empleos que hoy sólo flotan en la memoria de los viejos, ese último bastión de los arcaicos saberes.

Tal la *Monka*, la pequeña olla que servía para freír chicharrones, el *Fishkumwe*, olla más grande imprescindible en otros tiempos en la intrincada preparación de la *Mushka*, la autentica chicha de maíz Mapuche; o el *Trufulkan*, aquel curioso *metawe* con forma de ganso, el que por su tamaño era capaz de almacenar sin problemas unos 15 litros de agua ...

Nada más que el *Meshen*, se yergue impertérrito en el mobiliario de la mayoría de los hogares Mapuche actuales. Su utilización, que se renueva de tanto en tanto, pareciera desafiar el paso del tiempo implacable. Como último baluarte de pasadas circunstancias, se erigen poderosos sus redondos contornos, en la mescolanza de objetos antiguos y modernos que conviven al interior de las moradas contemporáneas...

Mientras, hoy en día, al mismo tiempo que las ondas televisivas parecieran conectar directamente la cadencia campesina con la vorágine de centros comerciales, satélites y computadores; en unos pocos minutos salto de la urbe y sus ligerezas y vuelvo, como siempre, a escuchar y sentir el lento compás que se mece generoso en la casa de mis viejos. Ellos viven su tiempo, aparentemente sin premura. Vueltos con la mirada hacia atrás, esperan quizás que regrese por algún



camino el rastro polvoriento de las caravanas de vendedores de cántaros, tal como hasta hace algunos años... entretanto, en una recóndita esquina de la *ruka*, confundida con otros objetos propios de su entorno, una antigua ánfora de greda Mapuche, tan antigua como sus dueños, pareciera esperar serena retornar con ellos a la Tierra, a donde sin duda pertenece... cuando ello suceda —no dejo de preguntarme— ¿existirán otras manos de alfarera que en otro tiempo la reconstruyan...? □

Mege, Pedro 1997.— «Louis Faron en el espejismo de la pulcritud. Hawks of the sun, revisited».- En: *Liwen* N° 4, Junio 1997.- Temuco: Centro de Estudios y Documentación Mapuche Liwen, pp. 129 - 142.

## LOUIS C. FARON EN EL ESPEJISMO DE LA PULCRITUD. HAWKS of the SUN, REVISITED

Pedro Mege Rosso  
Fundación de Vida Rural de la P.U.C.

**L**a higiene para que se instaure, necesita paralizar al tiempo, porque la suciedad se introduce por la simple acción del tiempo. El hombre limpia, la naturaleza, siempre con más tiempo, vuelve a ensuciar. La limpieza es un acto de voluntad cultural, todas las culturas limpian, con su particular estilo de vida, todos su espacios y dominios de actuación: cuerpos, ropas, casas, parques, medios de transporte, gestos, lenguajes, textos.

Louis Faron habitó, dentro de la antropología de nuestro siglo, su expresión más aséptica: el funcional estructuralismo. Teoría largamente destilada, desde el viejo Herbert Spencer, al menos. Purificada por la antropología con paciencia de antiguo artesano, para transformarla en un líquido exquisito para los etnólogos de la pulcritud analítica y metodológica. Y como todo destilado, con la capacidad de enrarecer la visión, no permitiéndole al etnógrafo ver con claridad, en este caso la suciedad, de la sociedad que observa y la suya propia.

Pero Faron es un gran etnólogo, a pesar de su irritante metodología funcional y consecuente andamiaje conceptual, fundamentalmente, por que si supo ser etnógrafo. Realizó su trabajo de campo durante doce meses entre los años 1952 y 1956 en localidades de mapuche, acompañándose eventualmente de su esposa, en el Centro Sur de Chile. Material con el que teoriza, sin creer lo que ven sus ojos, pero su descripción, por su solidez y pertinencia, rebalsa a su especulación analítica y nos llena de imágenes contundentes y sutiles de la cultura mapuche.

Después de cuarenta años revisaremos críticamente la obra de